



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

“Los misterios de la Vida de Jesús”

**S.M.I. Catedral de La Habana
12 de marzo de 2010.**

**Cuarta Catequesis:
“La Eucaristía”.**

En su vida pública Jesús comenzó predicando en Galilea el Reino de Dios. Galilea era su región de origen. Allí vivió con María y José su infancia y adolescencia. Le vemos escoger allí a sus discípulos, varios de ellos pescadores del mar de Galilea, el lago que está no tan lejos de Nazareth. Su predicación en Galilea fue también el inicio de su instrucción a los discípulos. Los doce lo seguían, pues Jesús era un misionero itinerante. Jesús llegaba con sus discípulos a poblados donde pasaban la noche. Se alojaban en algún tipo de hostel rudimentario, de los cuales había muchos en la época, cuando se recorrían grandes distancias a pie. Es probable que se hospedaran en casas de amigos o parientes como era la casa de Marta, María y Lázaro, amigos de Jesús que vivían en Betania, no lejos de Jerusalén.

En general los evangelios presentan los tres años de la vida pública de Jesús como un largo camino de Galilea a Judea; un camino de ascenso, pues Judea es más alta y montañosa que Galilea. En ese camino instruía Jesús a sus discípulos por medio de sus encuentros con la gente, cuando contaba sus parábolas, cuando hacía sus milagros, o acogía a enfermos, perdonaba a pecadores y denunciaba la hipocresía de los fariseos o exaltaba la dignidad del hombre, cuando se retiraba cada noche a orar. En ese camino encontró Jesús una oposición progresiva y siempre más numerosa de los fariseos, los escribas, los sacerdotes del Templo y los seguidores de éstos. Ya en los inicios de su viaje hacia Jerusalén dijo con claridad a sus discípulos que allí en Jerusalén sería entregado, humillado, azotado, crucificado y que resucitaría al tercer día. Siempre el evangelista añade: pero los discípulos no entendieron esto, o no entendieron lo que les quería decir.

Jesús se planteó la subida a Jerusalén como un acto necesario, pues en la Tradición de tantos siglos del pueblo elegido, todo profeta debía probar que lo era en Jerusalén y en el Templo.

Jesús se dirige hacia la Ciudad Santa en la época de Pascua y va al Templo. Primero se produjo su entrada en Jerusalén que fue triunfal. Había miles y miles de peregrinos que estaban llegando para la Pascua y aquel recibimiento a Jesús tuvo un carácter nacionalista, pues esas fiestas eran propicias para los recuerdos y las esperanzas del pueblo.

Una vez que Jesús atraviesa la puerta de la muralla de Jerusalén va al Templo y allí realiza una sorpresiva acción simbólica, haciendo un látigo con cuerdas expulsa a los vendedores del Templo: es una especie de parábola actuada como hacían los profetas, un gesto profético (Jeremías que toma una vasija de barro y la rompe delante de la gente, para indicar que así se haría añicos el pueblo, se dividiría en mil pedazos). Con este gesto Jesús se enfrenta al orden religioso anterior, cuyo lugar de máxima expresión es el Templo. Este hecho decía más que muchos discursos. Sólo unas pocas palabras lo acompañan: “Mi casa es casa de oración y ustedes la han convertido en cueva de ladrones” (Lc 19, 46).

Poco después Jesús hace una proposición que suena como una declaración de guerra: la parábola de los viñadores homicidas. En la parábola el Padre va enviando siervos a recoger los

frutos de la viña y son rechazados. Finalmente envía al Hijo y los arrendatarios lo asesinan para quedarse con la viña, una vez desaparecido el heredero. Con la parábola Jesús pretende mostrar la situación crítica en que se encuentra Israel: Jesús es la última oportunidad de salvación que Dios le ofrece a su pueblo. La situación es precisamente tan grave porque el enviado es el ÚLTIMO. La parábola lo propone como el Hijo amado, el Heredero. Si lo matan pierden la oportunidad última de salvación. Gran desafío: el destino de Jesús y el de Israel están unidos.

Como parábola de Jesús es un documento de máxima importancia, pues después de oírla, sus enemigos "buscaban apoderarse de El, pero temían a la muchedumbre, pues conocieron que de ellos había sido dicha esta parábola" (Mc 12, 12). En ella aparece, por una parte, la honda conciencia que tenía Jesús de su misión y por otra aparece el fundamento de sus oponentes para tomar una decisión de darle muerte. El dilema era patente: el reconocimiento de Jesús, aceptando su pretensión o el rechazo de esa pretensión.

Esta parábola pone a Jesús en una situación trágica, después del gesto profético de la expulsión de los mercaderes del Templo que dejaba como algo del pasado la religión practicada hasta entonces. Tanto la expulsión de los mercaderes como la parábola de los viñadores homicidas miraban a la historia de Israel, al pasado. Pero también en Jerusalén tendrá Jesús otro gesto profético simbólico, que en este caso mira hacia el futuro: la última Cena que, surgiendo de su vida entregada en libertad, determinará el futuro.

A la forma anterior de la antigua Alianza de Dios con el pueblo de Israel, realizada en el Templo de Jerusalén por el sacrificio de animales muertos, sucedería una "alianza nueva" realizada en la sangre de Cristo que da su vida para el perdón de los pecados de todos los hombres. Ambos signos (la expulsión de los mercaderes y la Cena), constituyen la conclusión de la actividad pública de Jesús y de sus discursos y parábolas.

En lo adelante los gestos serán más elocuentes (Jesús sufriendo su Pasión) que cualquier otra declaración. Jesús ahora no proclama con palabras un programa de salvación, sino que lo realiza con su vida. La salvación va implícita en sus actos.

Y un gran acto salvador de Jesús es su Cena con los apóstoles.

Relata el evangelio los sentimientos de Jesús al comenzar esta Cena. Dijo Jesús: con grandes ansias he deseado comer esta Cena con ustedes. Jesús comía con sus discípulos muy a menudo. Es casi seguro que al menos la comida de la tarde la tomaban habitualmente los apóstoles con Jesús. Era la costumbre que los maestros ilustres que tenían discípulos que lo seguían tomaran las comidas con su guía o preceptor. Seguramente fue así en el grupo apostólico. ¿Por qué entonces este gran deseo de Jesús de comer la Cena con ellos? Es evidente que no se trataba de una Cena más como las que casi cotidianamente compartía con los doce. Jesús había mandado a preparar el salón en Jerusalén, a adornarlo porque era la fiesta de Pascua y se trataba de la Cena Pascual que todo el pueblo comía en familia. Pero esta no es la única razón por la que Jesús ansiaba hacer aquella comida con los suyos. Última Cena no quiere decir la última de una serie de comidas que El había celebrado con los discípulos. Última Cena tiene aquí un significado absoluto. Jesús se hallaba al término de su camino en esta tierra, cuando El saca a los mercaderes del Templo o cuenta la Parábola de los viñadores asesinos está plenamente consciente de que ésta es la última oportunidad para su pueblo de Israel, Jesús sabe que El vino a ofrecer una oportunidad última y que ahora se habrá ya perdido por la decisión que han tomado de matarlo. Jesús sabe que la traición de un discípulo lo acecha y quiere reunirse por última vez con sus discípulos para ponerlos en guardia, para despedirse de ellos, para decirles que sean fuertes, para dejarles su testamento espiritual que El promulgaría por un gesto profético que ellos debían hacer después en memoria de su maestro y Señor.

Todo el acto de la última Cena y los relatos que tenemos de ella tienen dos presupuestos de fondo: La fiesta de Pascua y la traición de Judas, o sea la fidelidad de Dios a su pueblo a través de los siglos, a pesar de la infidelidad del pueblo, que era celebrada en la Pascua y la ruptura de uno de los que habían acompañado a Jesús. Esto aparece claramente en el relato más antiguo de la Cena (1 Co 11, 23): "El Señor Jesús la noche en que fue traicionado... se entregó". El amor de Jesús se manifiesta hasta el extremo. La Eucaristía es la respuesta de Jesús a un hecho particular: la traición de Judas y al mismo tiempo es la respuesta anticipada que Jesús da con su entrega a todas las traiciones que vendrán. Toda la vida de Jesús había sido una pro-existencia, El había vivido para los demás, a favor de los otros, de los pobres, los débiles, los pecadores. Para esto El vino, así nos lo entregó el Padre y Jesús se entrega con olvido de sí por amor a los

demás. Cuando es entregado a la muerte por la traición y la conjura El se adelantará a entregarse a todos en fidelidad al Padre y en amor sin límites hacia los hombres. “Mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy” (Jn 10, 18).

El acto de la última Cena estuvo enmarcado por los gestos, alimentos, platos y copas que el ritual judío establecía para la cena pascual. Dentro de ese marco Jesús altera unos pocos elementos e inserta una realidad máxima: su existencia personal inherente al pan y al vino para ser alimento y bebida de los participantes. Lo revelador de esta novedad son tanto las palabras como los gestos. Veamos el sentido de las palabras y los gestos de Jesús.

Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo “tomad y comed porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros”. Tomó después en sus manos la copa de vino y dijo: “Este es el cáliz de mi sangre derramada... Haced esto en memoria mía”.

Analicemos cada uno de estos gestos y palabras sobre el pan y sobre la copa:

- tomar
- bendecir
- partir
- dar
- decir
- invitar a comer y a tomar
- interpretar
- aplicar
- mandar
- repetir

Los aspectos principales son el pan partido y la sangre derramada.

Jesús, en ese marco de la Cena (con el traidor sentado a su mesa) se sitúa ya ante su muerte inminente, antes de ser roto por los demás en la violencia, se recoge a sí mismo en alabanza al Padre y se entrega a favor de la multitud: “Tomad y comed. Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros” (Lc 22, 19); “tomad y bebed, ésta es mi sangre derramada por vosotros” (Mc 14, 24).

Partir y derramar remiten al cuerpo roto en la Cruz y a la sangre vertida en la crucifixión. Es una muerte como sacrificio y alianza.

Jesús culmina su vida entregada, entregándose de manera consciente y decidida. Así consuma la obra que el Padre le ha encomendado.

Por los gestos y palabras de Jesús nos damos cuenta de que estamos asistiendo a la conclusión de una alianza en la sangre de Jesús. La acción e intención de Jesús tienen como trasfondo la sangre de la alianza, se trata de un tema bíblico de mucha presencia en los profetas: “Para que el furor desborde, para tomar venganza, he puesto yo su sangre sobre roca desnuda, para que no fuera recubierta” (Ex 24, 8), la nueva alianza: “He aquí que días vienen -oráculo de Yahvé- en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza” (Jer 31, 31), los cantos del Siervo de Yahvé: “Yo, Yahvé, te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes” (Is 42, 6), “Así dice Yahvé: En tiempo favorable te escucharé, y en día nefasto te asistiré. Yo te formé y te he destinado a ser alianza del pueblo, para levantar la tierra, para repartir las heredades desoladas” (Is 49, 8), “Cuanto a mí, esta es la alianza con ellos, dice Yahvé. Mi espíritu que ha venido sobre ti y mis palabras que he puesto en tus labios no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, dice Yahvé, desde ahora y para siempre” (Is 59, 21), “Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes” (Is 53, 12).

Jesús en la Santa Cena se ve a sí mismo desempeñando el papel del siervo sufriente de Dios, que con sus padecimientos y muerte trae a Israel la justicia y la paz. Como Siervo de Dios e Hijo del hombre, Jesús hace expiación y reconcilia a Dios con los Doce y con una multitud de creyentes.

La última Cena de Jesús con los suyos es el acto con el que Jesús cierra su vida mientras aún tiene libertad. A partir de unas horas ya no podrá ser protagonista de su propio destino.

Por eso ahora se anticipa a los hechos, los toma en sus manos y los interpreta, lo cual permite a los doce discípulos y a todos los creyentes posteriores comprender el sentido de lo que Jesús hace y compartir con Jesús su pasión que vendría después. Jesús nos dice por los gestos y

palabras de la santa Cena que su final no es el resultado de la mala suerte, no se trata de un percance no previsto, o una condena de algún poder divino o humano.

La muerte trágica de Jesús es fruto de la entrañable misericordia del Padre que entrega a su Hijo para vida del mundo y fruto de la lúcida libertad del Hijo, que reacciona con amor y sin violencia, entregándose por los que, con violencia le infligen la muerte. En la última Cena Jesús, en el conjunto de sus palabras y gestos, recoge su pasado y anticipa su futuro, introduciéndonos en el misterio. La última Cena es celebrada como síntesis de su vida y anuncio de su muerte. Toda la vida de Jesús había sido una entrega continua a su pueblo, a sus discípulos, a todos. En la Cena Jesús consume esa entrega, al entregar su cuerpo y su sangre que significa toda su persona y pedir a sus apóstoles que celebren el memorial vivo de su entrega.

Esa es nuestra Eucaristía, nuestra Misa. En ella Jesús, consciente de su muerte inevitable, la anticipa, la hace presente e interpreta para todos los creyentes el sentido de su muerte como ofrenda e intercesión por todos: "Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros". Nos dice Jesús en las mismas palabras de la consagración que su entrega es por nosotros, en favor nuestro. Jesús pone toda la eficacia de su acción salvadora en los signos del pan y del vino. Jesús encarga a los apóstoles repetir esa acción suya que es memoria y anuncio de su muerte y esto debe hacerse "hasta que El vuelva", hasta el retorno de Jesús al final del mundo. Jesús les confiere a los apóstoles potencia espiritual y potestad jurídica para realizar esa acción; hace así que su entrega pueda hacerse presente en cualquier tiempo y en cualquier lugar.

Quienes hagan eso en memoria de El, participan del destino de Jesús y se beneficiarán de la Nueva Alianza, formando el nuevo pueblo de Dios.

La Eucaristía funda así la Iglesia, en cuanto que ella es la comunidad nacida de la entrega, del sacrificio y de la solidaridad de Jesús con los hombres.

En la Eucaristía se da la mediación de la Iglesia que une la historia y la persona de Jesús con la comunidad nacida de El. En la celebración de la Eucaristía los creyentes han seguido reconociendo a Cristo a lo largo de los siglos, sintiendo que participan de los beneficios de su cuerpo entregado y de su sangre derramada. La doctrina y el ejemplo de Jesús hubieran desaparecido de la memoria humana si no se hubiera seguido dando día tras día la celebración de la Eucaristía de la cual nace la Iglesia, es la refundación continua de la comunidad de los creyentes.

La celebración de la Eucaristía hace ver a los cristianos que no hay que esperar la anunciada venida de Cristo al final de la historia, porque Cristo viene a nosotros en cada Eucaristía.

La Eucaristía es la celebración del Señor Salvador, presente y que vendrá. Esto hace que toda comprensión meramente social, moral o cultural de Jesús y del cristianismo deba ser desechada. El hecho más importante en el desarrollo de la Iglesia primitiva fue la celebración cultural de Cristo Resucitado dentro de la comunidad creyente. Memoria de Cristo, adhesión a Cristo, fe en Cristo y culto de Cristo constituirán el cristianismo.

Por todo cuando hemos visto se comprende que la Eucaristía es el centro de nuestra vida cristiana.

Podrán decir ustedes a modo de pregunta: ¿pero no es Cristo nuestro centro? Seguramente, pero es la Eucaristía la que nos lo hace presente, lo celebra y nos une a El.

Bibliografía:

- Jesús de Nazaret (PP. Benedicto XVI)
- Cristología (Olegario González de Cardedal)
- El destino de Jesús (Schürmann)
- Y otros autores: Durrwell, Guardini.